

España a los mexicanos

por Agapito Maestre*

Es posible que una imagen valga, a veces, más que mil palabras, pero ahora se trata de leer unas cuantas palabras para presentarles España a los mexicanos. ¿Qué decir de España en dos cuartillas? Y, sobre todo, ¿a quién dirigirse para que hable de España? Creo que, entre pueblos hermanos, la cuestión es fácil de resolver: ¡Digan, sí, digan los mexicanos qué es España! Pocas objeciones harán sus hermanos españoles. Dejemos, pues, hablar a unos pocos mexicanos sobre España. Manuel Gómez Morín, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Octavio Paz son nuestros embajadores mexicanos para presentar España en México a través del Festival Internacional de la Imagen.

Manuel Gómez Morín, en *España fiel*, presenta así al país invitado del FINI 1914: “España es pesimista en sus palabras, y está realizando una magnífica labor de optimismo; España se enorgullece de un alto espíritu pasado que íntimamente cree muerto, y está obrando ahora con ese mismo espíritu; España se ha creído pobre de valores modernos, y tiene atesorado un inmenso caudal de ellos; España se ha creído retardada y desorganizada, y tiene una interior estructuración firme y segura y actual.

“España y el mundo creyeron que hace siglos finó la obra española; España y la América nuestra parecen creer que sólo el pasado las liga y las une, sin ver que el viejo ardimiento puede volver a la acción y reanudar la obra que truncó un mal siglo.

“¿Acaso no son hispánicas las raíces del actual movimiento mexicano? ¿Quién, como España, entendió nuestro problema? Después de España, nadie hizo nada aquí, ni en el papel siquiera, por la salvación del indio, por la explotación del suelo, por la elaboración de un futuro engrandecimiento. Y en lo mejor de ahora, no se hace otra cosa que andar los viejos caminos que España trazó”.

José Vasconcelos, autor de cuatro volúmenes de *Memorias*, inigualables en la órbita de la cultura hispana, pinta con escritura exquisita un memorable lienzo de España a través de una de sus grandes ciudades históricas, Toledo.

“Como quien prueba apenas un vino ardiente y dorado, nos quedó el sabor de Madrid, y antes de degustarlo dispusimos de unos días para la visita más importante de los alrededores: la excursión de Toledo.

“De muy diversa manera que los indios de López, pasamos nuestra primera noche en Toledo. El viaje se hacía en diligencia. Oscurecía cuando atravesamos el puente de Alcántara. Por la cuesta del recinto despertó ecos el cascabeleo



de los collares del tiro; removió un silencio cargado de sombra, rico de historia. Castilla se había consolidado en aquellos muros. Su habla y su alma se habían impuesto al judío y al musulmán. La epopeya de América no habría existido sin aquella sangre indómita y generosa que hizo del Cid el abuelo de Hernán Cortés. La misma cristiandad no existiera, ni la civilización, sin la heroica gesta de los hombres que ganaron, reconstruyeron, libertaron, la pequeña Toledo, grande urbe en la balanza del destino humano. La definición del dogma por encima de las herejías mediocres; el rigorismo de los fueros frente a la amenaza de los despotismos de tipo oriental; el descubrimiento y civilización de la América, todo eso había tenido su cuna en el Toledo de los castellanos, en el Toledo español” (*La tormenta*, 1942).

España y la América nuestra parecen creer que sólo el pasado las liga y las une, sin ver que el viejo ardimiento puede volver a la acción

Alfonso Reyes, el humanista más importante del siglo XX de la cultura hispanoamericana, ha presentado así España a los mexicanos.

“Ante todo, no acusemos a España. Lo que aquí sucede es una aplicación peninsular de un fenómeno continental. En estas puntas de Europa todo se agudiza y acaba en punta. [...] Además, hay que tener presente que España, por mucho que los españoles protesten (y ellos hacen bien: los gobiernos tienden automáticamente a hacerlo mal), hay que tener presente que España es, en verdad –cualesquiera sean los preceptos teóricos que rijan su vida política–, el país más libre del mundo, el único acaso en que todos los hombres son iguales, hasta donde cabe en lo humano” (*El arcoiris del silencio*, 1919).

“Todo el día ha cantado esta gente, todo el día ha bebido y ha bailado, y aún vuelve por la noche alborotando las calles y revoloteando en torno a los faroles. Y si la fuerza de las razas